

Corazón Frágil.

Priscila Cena



Corazón Frágil

P.A. Senna

Capítulo 1

1

2009

Las nubes cubrían el cielo de un gris casi negro. Les hacían compañía sus fieles amigas las gotas de lluvia, provocando que el día fuera aún más triste y lúgubre. Tal vez ella tenía razón, si yo no les hubiera pedido que me llevarán a esa entrevista para una editorial, ellos no habrían muerto. La culpa que sentía carcomía mi alma, quise quedarme en la habitación y no salir de ella en lo que me quedase de vida. No podía ir a su funeral, no cuando fui la principal responsable de sus muertes. Puse el edredón sobre mi cabeza; dejando que las lágrimas se deslizaran por mis mejillas. Me sentía tan sola, tía Eleanor seguramente llegaría en cualquier momento y no quería que me descubriera así. Limpié mis lágrimas y salí de la cama, tratando de parecer un poco más serena de lo que en realidad me encontraba; amaba a mi mamá, ella siempre me apoyo y perderla fue el golpe más duro que pude haber recibido. Escuché como la puerta de la entrada era abierta abajo, podía distinguir las voces de tía Eleanor y Amanda, tal vez Marilyn y Josephine no habían querido ir a la antigua casa de nuestros padres. Por qué en ella estaban los recuerdos aderezados por la culpa. Los pasos se oyen por el pasillo que conduce hasta mi habitación, alguien toca la puerta y como no respondo, entra; revelando a Amanda. Ella me ve de forma extraña, debo de parecer una loca con los ojos enrojecidos y el cabello azabache despeinado, mi hermana no vacila ni por un segundo, camina hacía mi cama y me estrecha entre sus brazos. Volví a llorar cómo una niña pequeña, me sentía devastada.

—Tranquila, Emi—dijo, con la voz gangosa a causa de sus lágrimas—. Yo te protegeré siempre.

Seguí llorando, lloré hasta que sentí los ojos pesados y las mejillas humedecidas. Perder a un ser querido es doloroso, pero el perder a tus propios padres... Bueno, ese si es un dolor indescriptible.

—Yo los asesine—dije, con sollozos entrecortados, Amanda me miró con los ojos desorbitados—. Si no les hubiera pedido que me acompañarán, ellos estarían vivos y yo no estaría pasando mi cumpleaños de luto.

La fecha era 1 de Noviembre de 2007, era mi cumpleaños número 16 y lo iba a pasar llorando a mis padres. Ni siquiera tuve la cara de ir a su funeral, no sentía la suficiente fuerza de voluntad como para estar cerca de sus cuerpos inertes y sin vida. La culpa carcomía cada poro de mi ser. Las palabras de Josephine repitiéndose en mi cabeza una y otra vez, sin ningún tipo de piedad. A los humanos nos encanta torturarnos a nosotros mismos, somos seres masoquistas y tenemos una leve inclinación por buscar nuestra propia autodestrucción; así que, no era extraño que yo me estuviera torturando a mí misma con todo lo que estaba ocurriendo. Mi hermana siguió abrazándome, confortándome con su dulce presencia y su cariño incondicional.

—No fue tú culpa—respondió, pasado un buen rato, su voz convertida en un murmullo suave, que confluía con el silencio reinante en la casa—. Nunca, jamás en lo que te queda de vida, vuelvas a creer algo que te diga Josie; prométemelo ahora mismo, Emilia Grace.

Rodeé los ojos al escuchar ese tono mandón, característico de las mujeres Carter y simplemente la abracé, sin querer comprometerme a nada. No me sentía lo suficientemente estable de manera mental, cómo para hacer semejante promesa; aunque, una parte dentro de mi ser, me advertía que si no hacía esa promesa, simplemente estaba condenada. Porque desde ese momento en adelante, mi opresiva hermana mayor, trataría de tomar todas las decisiones sobre mi vida por su cuenta sin siquiera consultarme nada. Sabía que tendría que ponerle un alto, si quería detener la guerra antes de que está fuera declarada. Suspiré, intentando quitar esos grises pensamientos tristes de mi torturado cerebro, debía tomarlo con calma; intentar reorganizar mi desordenada vida a pasos de bebé, pero era difícil hacerlo sin una guía paternal.

—Amanda, quiero hacerte una pregunta.

Mi hermana, —mayor por cuatro años—; me observó con una de sus cejas perfectamente depiladas, completamente arqueada. Esperando a por mi pregunta, no sabía cómo iba a tomárselo ella, ya que el carácter pasivo de Amanda se encontraba en un precario estado; y podía llegar a comprenderla completamente. Con la muerte de mis padres, su funeral y el tener que soportar a nuestras "dulces" hermanas por más de dos horas seguidas, termina por matar la paciencia de cualquier persona normal.

—Hazla, cielo—dijo, con su característico tono dulzón—. Sabes que puedes preguntarme lo que sea.

Suspiré, rezándole a Dios en silencio y esperando que no se enfadará por ello. "De acuerdo, Emily, recuerda que es tu hermana favorita, con la cual puedes hablar de cualquier cosa sin preocuparte por qué ella te juzgue".

—Amanda, ¿qué harás con la universidad?—pregunto, observando como sus ojos avellanas, tan expresivos, demuestran su desconcierto—. No me malinterpretes, adoro tenerte junto a mí, que me acompañes y me apoyes sólo cómo tu sabes hacer; pero tampoco quiero hacerte detener tu vida de esta forma.

Amanda no respondió, simplemente volvió a abrazarme con fuerza y a besar mi coronilla. Aunque, sabía qué hacía eso para poder pensar su respuesta y también para demostrarme su cariño incondicional hacía mí.

—Decidí tomarme un descanso indefinido de la Universidad, al menos por un tiempo; es que necesito pensar en algunas cosas que debo reorganizar en mi vida.

Esto me olía mal. Porque, cuando Amanda decía eso, significaba una sola cosa. El imbécil de Alexander estaba detrás de él de nuevo. Quise darle un golpe en la nuca y decirle que ese idiota no era para ella, que sólo se le acercaba para utilizarla como tenía la maldita costumbre de hacer. Pero, sabía que no me escucharía, era como hablarle a una pared de ladrillos; la terquedad era también una característica en nuestra "peculiar" familia. Ella decía que SU Alec, jamás la engañaría, porque sabía que la amaba de verdad. Y uno de mis dones era leer a las personas y yo tenía la leve sospecha de que el idiota de Alec Sanders sólo la utilizaba para su propio beneficio y cuando, obviamente, le era beneficioso a él.

—Por el amor de Dios, Amanda—exclame, un tanto molesta; tenía las sensaciones aflorando de mí ser sin ningún tipo de control—. ¿Estás hablándome enserio?, ese Neanderthal de Alexander Sanders sólo te está utilizando, ¿no te das cuenta de que sólo te busca cuando le es necesario tenerte de su lado y cuando consiga lo que quiere de ti, se irá y no te volverá a hablar durante meses?, por favor, te quiero demasiado como para dejarte fallar de esta forma y no detenerte.

—Lo sé y también estoy harta de mi misma, ¿sabes lo que es el tener al chico quién amo tan cerca y no poder decirle lo que en realidad pienso?—reclamó, con las lágrimas fluyendo por sus mejillas—. A veces, me siento tan sola, Emily y entonces, terminó por aceptar que es mi culpa, porque no puedo dejar de pensar en una persona que jamás dejará de verme como a una hermana.

La abracé. No podía verla llorar, esa era una verdad más enorme que una casa, porque si veía llorar a Amanda, terminaría por echarme a sollozar yo y no creo que eso fuera una buena idea dadas las circunstancias en las

que nos encontrábamos ese día. El funeral de nuestros padres, la precaria situación de nuestra familia y ese dolor que atenazaba nuestros corazones por causa de la pérdida. Ella puso su cabeza sobre mi regazo y siguió llorando desconsoladamente, el tema "Alec Sanders y su cegué voluntaria", siempre había sido una especie de conversación tabú en nuestra familia. Es más, cuando mis padres aún vivían, ellos ni se atrevían a mencionarle a Amanda que su relación con Sanders era obsesiva y enfermiza; mi papá lo hacía con la esperanza de que mi hermana abandonará esa relación sin sentido. Claramente, esa técnica no funcionó.

—Emi, ¿me harías un favor?—pidió, con la voz, convertida en un fino hilo—. ¿Cantarías una canción para mí?

—De acuerdo.

Mi hermana levantó su cabeza y yo fui hacia mi armario, en el cuál guardaba la vieja guitarra que tía Eleanor me obsequió cuando cumplí catorce años, volví a mi cama, me senté sobre el colchón y empecé a tocar una canción para calmar un poco a Amanda. Cuando finalicé la canción al tocar los últimos acordes, escuché unos aplausos que venían de la puerta; descubriendo que está estaba abierta y que tía Eleanor se encontraba parada en el marco con una sonrisa surcando su blanquecino rostro y que tenía una lágrima rebelde cayéndole por la mejilla. Era raro que tía Eleanor llorase y hoy era uno de esos días en que lo hacía sin tener vergüenza de que nosotras la descubriéramos haciéndolo. Tía Eleanor se acercó hasta dónde ambas nos encontrábamos y se sentó del otro lado, sonriendo mientras se limpiaba las lágrimas; extendió sus delicados brazos hacia nosotras y tanto mi hermana como yo, no dudamos ni un segundo en refugiarnos entre sus maternales brazos. El futuro que nos deparaba era incierto, ahora que nuestros padres habían pasado a mejor vida; las cosas se complicaron aún más de lo que ya estaban. Tenía dieciséis años y me encontraba completamente perdida en un mundo lleno de cosas tanto buenas como malas, era huérfana de padres, vivía con mi tía favorita y tenía una hermana que me apoyaba de manera incondicional, sin importar la estupidez que cometiera; ella siempre pondría su fe en mí. Y aún a pesar de eso, me sentía completamente perdida. Sin que nadie pudiera estar ahí para guiarme en mis decisiones y en mis pasos de bebé, perdida dentro de un mundo que pronto se volvería el mundo adulto. No sabía si podría realizar todos mis sueños y eso llegaba a aterrarme, aunque si sabía una cosa. Tal vez estaba asustada, pero tenía la fuerte certeza de que podría lograr todo lo que me propusiera en esta vida. Mi plan era simple y consistía en cinco sencillos pasos: Graduarme, terminar mi carrera universitaria, casarme, ejercerla un buen tiempo y luego tener hijos. Ese era mi plan maestro, pero no tenía idea de cómo lograrlo. Sabía que la determinación era fundamental, que no debía flaquear en mis propósitos y tendría que tener una fe ciega en que podría lograr llegar a la meta. Vi a mis

costados, tía Eleanor y Amanda ya estaban dormidas plácidamente. Se notaba que lo necesitaban con urgencia, yo también sentía como mis párpados se cerraban de apoco. No quería seguir luchando para poder finalmente dormirme, pero no lograba conciliar el sueño. Porque la discusión que había tenido con Josephine la noche del accidente, se repetía una y otra vez en mi mente. No paraba de pensar en eso, en su forma de mirarme. Como si me odiara, dejé que el sueño me venciera mientras la última imagen que se reproducía en mi cabeza, era la mirada de odio por parte de Josephine Sarah Carter. Mi propia hermana.

□□□□

Los días pasaron lentamente, primero fueron semanas. Meses. Y no podía recuperarme, había algo dentro de mí que me urgía constantemente.

A culparme, todas esas voces resonando como ecos acusadores. Fui ingresada a una clínica psiquiátrica, con dos causas: Depresión y posible inicio de anorexia.

El espejo empezó a chillarme, que era fea y que sólo siendo flaca podría ganarme el favor de las personas y su afecto. Le creí, de mis sesenta y siete kilos; baje a sesenta y tres, para terminar pesando cuarenta y tres kilos. Pesaba lo mismo que un niño con principios de desnutrición.

No recuerdo ni una sola vez que alguien me preguntará cómo sentía la muerte de mis padres.

Me daban cinco comidas al día, tenía terapias individuales con la doctora Raiss y compartía habitación con otras cuatro chicas. Pero no me sentía que encajará con ninguna de ellas.

Todas estaban allí, comiendo por obligación; por qué no tenían ninguna otra opción.

Éramos todas distintas, aunque tuviéramos algo en común, como lo que era padecer anorexia, seguíamos siendo diferentes. La doctora Raiss, quién nos trataba a todas nosotras, siempre nos estaba incentivando a llevarnos bien. A ser empáticas unas con las otras. A mí me costaba, no recordaba ni una vez que alguna persona fuera empática conmigo.

Condescendientes sí, nunca comprensivos.

Estaba por cumplir seis meses de estar ingresada y todavía, me preguntaba qué sería de mí vida cuando saliera de aquí. ¿Volvería a mis viejos hábitos?, ¿sería comprendida por mí familia? Tantas preguntas y sólo yo podía responderlas, el tema era que no disponía de las respuestas correctas.

Tía Eleanor me llamaba de vez en cuando, preguntándome cómo era que me encontraba. Le decía que todo estaba igual, y cuando me preguntaba sí el tratamiento me estaba sirviendo, simplemente esquivaba el tema y lo cambiaba con agilidad.

La rutina me servía bastante, salir a correr por las mañanas; leer algún libro interesante, escribir cartas que nadie leería. Pequeñas rutinas que hacían la diferencia. Pequeñas victorias, como a veces le decía nuestra psicóloga. Para intentar sobrellevar la enfermedad que padecíamos. No erradicarla por completo, sólo ahuyentarla hasta que pudiéramos encontrar la salida por nosotras mismas.

Esa semana, la clase trataba

sobre Idealización de los seres queridos que se han ido. Muchas decían que extrañaban a tal y cual pariente, a todas se les quebró la voz cuando hablaron.

Menos a mí, para sorpresa de todos; mentí, como era mí costumbre. Para hacerme la fuerte, para que nadie viera que podía ser débil.

Malas costumbres que adquirí con el paso del tiempo.

—Bueno, y entonces mi padre me dijo que va a casarse con esta mujer que ni siquiera conozco y me dice que para superar a mi madre, como si ella fuera una especie de obstáculo en su vida.

<<Pueden pasar cosas peores>>, pensé, jugueteando con mis dedos.

Apotrados sobre el regazo, de manera nerviosa.

Me sentía una impostora, alguien que no se merecía sentir dolor.

— ¿Algo que agregar, Emily?

Negué con la cabeza demasiado rápido. Prefería oír, analizar a mis otras compañeras; estar fuera del foco de atención.

La sesión terminó con todas nosotras tomadas de las manos y repitiendo un estúpido mantra, que nos lo repetían todas las putas sesiones grupales.

Cuando fuimos por fin libres, yo fui la primera en salir literalmente corriendo del cuarto. Sin despedirme de nadie ni poniéndome a socializar como una tonta. Caminé hasta la habitación continúa, que compartía con otras cuatro chicas. Rebusqué bajo el colchón hasta que encontré el viejo cuaderno que mis padres me obsequiaron cuando cumplí quince. Solía garabatear en él mis pensamientos, cosas que me eran molestas y listas de vida que quería realizar antes de morir. Sí los psiquiatras de éste cuchitril lo encontrarán, no dudarían ni un momento en analizarlo.

Eran mis secretos mejores guardados, todas mis inseguridades plasmadas en siete páginas de papel y con bolígrafo negro.

Lo abrí en una página en blanco y comencé a escribir con lenta paciencia:

6 de Julio de 2009.

La última sesión ha sido como todas las anteriores, no he sentido nada. Sólo una muda indiferencia, con el dolor de las otras he sentido casi un rechazo inmediato. ¿Soy un monstruo acaso?, el dolor ajeno debería

causarme al menos un poco de empatía, pero no siento nada. Antes sí algo me pasaba solía horrorizarme, quedaba paralizada analizando las cosas que ocurren a mí alrededor.

Extraño a mis padres, a nuestra casa en las afueras de Newcastle. Toda hecha con madera y concreto. Tan hermosa por fuera y tan fea por dentro.

Es el mes seis de un tratamiento que durará diez meses. No sé si podré superar esto, la espada de Damocles quiere caer sobre mí y no puedo evitarlo. Tal vez, sea el momento de rendirme y no seguir peleando. Creo que eso es lo que haré.

Emily

Cierro el cuaderno y vuelvo a guardarlo bajo el colchón. Mientras pienso, los martes tía Eleanor debía llamarme y realmente me preocupa que no lo haya hecho.

Sacudo la cabeza con fuerza, ella está ocupada.

Tiene suficientes preocupaciones, yo como una de ellas; y no puede andar preocupándose por otras cosas sin sentido. Intentó convencerme de que es así, para no sumergirme en pensamientos tan oscuros como la misma noche.

Acomodó la cabeza contra esa mullida almohada. Pero, no deseo dormirme, simplemente pienso.

Hasta que el sonido del móvil repiqueteando bajo el cobertor me saca de mí ensimismamiento.

Lo cojo y me llevó a la oreja, al ser martes; las enfermeras de la clínica no me dicen nada por tener el móvil, ya que nos lo dan éste día para que llamemos a nuestras familias y vean que no nos hemos atravesado las venas con una hojilla de afeitar la cara. Respondo la llamada con un leve sentimiento de molestia.

Y para mí sorpresa, la llamada resulta ser de Marilyn Carter, mi hermana mediana.

—¿Lyn? —Digo su apodo, con cierto desconcierto plasmado en la voz—. No sabía que tía Eleanor te había dado mi número.

—Es que no lo sabe, se lo quité de su móvil hace meses.

Tragué duro. Ella tenía mi número hace meses y tal vez, por miedo a mi reacción; no se había atrevido a ponerse en contacto conmigo.

—Lyn, lo que dije ese día... No fue cierto, de verdad. Nunca quise que las cosas quedarán así entre nosotras.

—Yo tampoco quise decirte niñata irresponsable—admitió, con la voz medio entrecortada—. Me encantaría tenerte aquí conmigo para que

podamos hablar sobre el compromiso y mis dudas sobre casarme.

Abrí los ojos un poco. Lyn Carter, la persona más monógama de la tierra, estaba dudando de su noviazgo de siete años.

Llevaba junto a Brian Stevenson, desde último año de bachillerato.

A muchas personas les parecían la pareja perfecta, que serían de esos matrimonios modélicos que duran años. Pero, a veces estar tanto tiempo con una persona termina por desgastar ese sentimiento.

Entendía a mi hermana en cierta parte, nunca me había enamorado de nadie, aunque podía empatizar con el sentimiento que albergaba ella.

—Siempre creí que Stevenson era un imbécil, pero muy a mi pesar; era un imbécil que te daba felicidad. Y tal vez, te parece que todo eso no tiene remedio, aunque si lo tenga en realidad.

Pude escuchar como Lyn tomaba aire al otro lado de la línea. La visualice sentada bajo el marco de la ventana que tiene vista al patio trasero de la casa de tía Eleanor. Repantigada de cualquier forma.

—Hace años que todo se ha ido, literalmente, a la mierda y sinceramente, me he quedado a su lado por costumbre.

Muchos creen que estar con otra persona tanto tiempo es algo de admirar y también fácil, pero sinceramente, no tienen ni más puta idea.

Fruncí un poco labios para que no se escapará una traidora carcajada. Sólo lo haría para hacerla reír, pero no lo creí conveniente en ese momento.

Marilyn parecía algo perdida, como si necesitará que alguien le aconsejará arrepentirse a último minuto. Y sabía perfectamente que no lo haría, ella amaba demasiado a ese bastardo arrogante como para dejarlo.

—Ya anunciamos el compromiso a su familia y a la nuestra también. Josie no ésta muy contenta—dijo, demasiado rápido para mí gusto.

—Esta celosa porque tú te casarás antes que ella, sabes mejor que nadie como funciona su mente.

—No sé sí vamos a casarnos en éste momento, quizás más adelante—respondió, dudando un poco.

—No tienes por qué apurarte, Lyn—dije, en un intento de reconfortarla.

—Bueno, dejemos de hablar de mí—replicó, un poco más alegre que antes—, ¿Cómo te va últimamente?

Mi rostro se endureció, poniéndome enseguida a la defensiva.

No quería que ninguna de ellas supiera lo que pasaba en la clínica, habían

tomado la decisión de internarme, pero yo decidía si deseaba contarles o no.

Mi progreso sólo lo sabía tía Eleanor y nadie más.

—Hablamos después, Lyn—dije, intentando cortar la llamada.

—Pero, Emily; espera un...

—He dicho, hablamos después—le espeté, enérgicamente.

Siquiera esperé a que terminará de hablar. Colgué la llamada antes de saber que decía. Arroje el pequeño aparato al suelo, escuchando como éste se rompía con estruendo.

Una enfermera corpulenta se metió a mi habitación, alertada por el ruido. Intentó tranquilizarme, primero amablemente y después, tratando de sostenerme por los brazos con fuerza. Luché con uñas y dientes, tratando de lograr que me librase de una vez. Vinieron otras dos enfermeras, para ayudar a la otra. Y sencillamente, no servía de nada. Continúe peleando con más ímpetu que antes. No quería ser sometida por nada del mundo, odiaba a cada una de esas vacas, por culpa de ellas iban a encerrarme en aislamiento solitario. Pero, había algo que me obligaba a seguir luchando; a rendirme por nada del mundo. Una persona—un médico, estaba segura de eso—, entró a la habitación, con una jeringa en la mano y sentí como clavaba la punta en mi brazo sin ningún tipo de contemplaciones. Mientras caía irremediamente en la inconsciencia, podía escuchar la suave risa de mi madre. Eso fue, como dirían; el golpe de gracia.